

Nacho Abad

Sé que estás viva

Primera parte
LA BÚSQUEDA

El sonido del teléfono distrajo a Germán Carrasco. Dejó de leer la minuta que un funcionario le había entregado a primera hora de la mañana para fijarse en el nombre que brillaba insistente en la pantalla. Su cuerpo se tensó en estado de alerta y su mente entró en ebullición. «¿Por qué me llama después de tanto tiempo? ¿Qué querrá? ¿Cortesía o pedir algo?». Las preguntas se solapaban unas con otras sin que ninguna hallase respuesta. El nombre de mujer que iluminaba la pantalla lo tenía paralizado. A duras penas había logrado enterrar los recuerdos de lo sucedido hacía dos años cuando aquella inesperada llamada los sacó a flote de golpe. Rechazó la comunicación cobardemente, como si al pulsar la tecla de cancelar pudiera ahuyentar su pasado. Colocó el teléfono en modo silencio y lo escondió dentro del primer cajón de su mesa, buscando con aquel gesto desgajar de su vida episodios que creía olvidados.

Encendió un purito y aspiró con ansiedad. Después de un par de prolongadas y compulsivas caladas, logró relajarse un poco. Fumaba en su despacho pese a estar prohibido. Se acordó de aquel querido amigo suyo, Cristóbal, al que le detectaron un cáncer de pulmón y le dieron menos de un mes de es-

peranza de vida. Al recibir el diagnóstico, Cristóbal sacó un paquete de rubio del bolsillo y se encendió un cigarrillo delante del médico. El doctor le miró desconcertado. «A ver quién tiene el valor de decirme que no fume aquí porque es malo para mi salud», le soltó con una gran sonrisa. Pues eso, pensó Germán, a ver quién es el que se atreve a entrar en mi despacho y protestar. El inspector había vuelto al vicio después de cinco años de abstinencia. Creía que el tabaco le tranquilizaba, aunque, a veces, simplemente fumaba porque se aburría, por llenar espacios. Abrió la ventana para airear la habitación y se entretuvo, apoyando los codos en el alféizar, en mirar a la gente que paseaba por la calle de las Huertas.

Sonó el teléfono fijo. Alguna tontería querría el jefe. Le costó alejarse de la ventana para atender el requerimiento.

—Dime —contestó con desánimo.

—Buenos días, Germán. —La sorpresa de oír una voz femenina que pensaba haber despistado minutos antes le enmudeció. A la mujer pareció no importarle su silencio porque siguió hablando—: No sé si se acuerda de mí, soy Alejandra Rey, la abogada de...

—Sé perfectamente quién es usted —le cortó con brusquedad mientras se dejaba caer sobre la silla. Su corazón galopaba sin control y el estómago se había encogido como un caracol al notar el tacto humano.

—¿Qué tal está? —preguntó ella por cortesía.

—A ver, letrada, no creo que mi salud le preocupe a usted un pimiento. No nos engañemos —respondió abruptamente. El silencio de Alejandra, ya fuera por estupor o porque tenía razón, le animó a continuar—: Como no he respondido a su llamada al móvil, ha encontrado la forma de localizarme en el teléfono oficial. Así que déjese de rodeos y dígame sin más preámbulos qué quiere —planteó con voz agria Germán—. Le advierto que solo le puedo dedicar unos segundos. Estoy muy ocupado.

—Mi cliente quiere cobrarse su deuda.

—¿Qué deuda? —trató de escabullirse infantilmente.

—No me haga recordárselo, agente.

—¡Joder! —rezongó entre dientes—. Sí que se ha dado prisa.

—Valentín exige que vaya a verle a la cárcel —le comunicó Alejandra sin entrar a responder al comentario—. De inmediato. Le urge hablar con usted.

—¿Para qué? —preguntó, seco, sin poder pasar por alto el escozor que le había producido el verbo utilizado por la abogada.

—No lo sé, ni me lo ha dicho ni yo se lo he preguntado —respondió sin que aparentemente le molestara la aspereza del policía.

—Veré cuándo tengo un hueco libre —anunció cortante y colgó la llamada sin despedirse.

Alejandra Rey le caía bien. Además de ser buena abogada, era una persona de fiar. Le demostró que tenía palabra cuando selló con él un acuerdo obligando a su cliente a firmar una declaración delante de un notario en la que Valentín negaba haber recibido un rodillazo en los testículos mientras estuvo detenido. Desde entonces, habían pasado ya casi dos años. Pero ni siquiera ese documento exculpatorio había evitado una sanción encubierta. El audio en que él reconocía haber agredido a Valentín se filtró a varios medios de comunicación. El sonido era una prueba contundente. Aunque los dos se pusieron de acuerdo en explicar que se trataba de una recreación, un pequeño teatrillo que habían grabado durante el primer registro, la excusa, aparte de pobre y peregrina, no aguantaba el sonido de una conversación tan real y convincente.

Sus mandos le arrinconaron y le advirtieron que no hiciese mucho ruido. Debía conformarse porque, si no, las cosas podían empeorar más. Dejó de ser el jefe del grupo de Ju-

dicial de la comisaría de las Huertas y, a pesar de su grado, lo derivaron a un despacho en labores administrativas. Enterrado en papel. Allí quedó oculto de la mirada de la opinión pública y de titulares incómodos. Su vida se había convertido en una agonía. Caminaba por los pasillos de comisaría sin que nadie reparase en su presencia, como un fantasma invisible para sus compañeros. Un apestado del que todos huían sin prestarle atención. Envejeció de golpe. El poco pelo que le quedaba blanqueó y la piel del contorno de los ojos se descolgó en grandes bolsas repletas de pequeñas lágrimas de rabia que nunca llegó a derramar.

Lamentó haber sido tan brusco con la abogada, pero oír su voz, como un aguijonazo, despertó recuerdos que prefería tener enterrados y había hecho aflorar ese denso amargor que, como su propia sombra, le acompañaba en los últimos tiempos allí donde fuese.

Nadie protestó ni le echó de menos cuando, a media mañana, desapareció de comisaría. Montó en su coche y se dirigió a la prisión de Herrera de la Mancha. Si su deuda se resolvía con una visita a aquel asesino, no había inconveniente. Cuanto antes cumpliera, mejor. Más pronto volvería a su rutina.

Enfiló los casi doscientos kilómetros con un torbellino de sensaciones. La tensión le agarrotaba las manos al volante, hasta dejarle los nudillos blancos, mientras la angustia que le habían despertado los recuerdos le atenazaba el estómago, y casi le impedía tragar la amarga saliva que se le acumulaba en la boca. Al tiempo que el coche devoraba asfalto, su mente maldecía el día en que se vio envuelto en la investigación de la desaparición de Guadalupe.

Recordaba perfectamente el Jueves Santo de hacía dos años. Por azares de la vida y carambola de las vacaciones de los jefes, él se encontraba trabajando en la comisaría de la calle de las Huertas, y no disfrutando con su mujer en la sierra, cuando Valentín Monaster, hijo del famoso torero con el mis-

mo nombre, acudió a pedir ayuda. Todavía resonaba en su cerebro la voz alarmada del policía de la oficina de atención al ciudadano contándole que un individuo acababa de denunciar la ausencia de su esposa y que había algo en su actitud que le daba mala espina. Cuando el sujeto entró en su despacho y le oyó hablar, Germán notó la misma desazón e inmediatamente comprendió a qué se refería. Prepotente, altanero, sin empatía, Valentín fue contando cómo su mujer se había volatilizado la noche anterior. Que Guadalupe estuviera en avanzado estado de gestación y que padeciera una severa diabetes fueron cuestiones que el denunciante dejó escapar sin otorgarles la trascendencia que tenían. Hubo que sacárselas casi a la fuerza. Trasmitía la sensación de que ocultaba algo. Sus respuestas eran dubitativas, poco precisas, y su comportamiento no se correspondía con el de un atribulado esposo cuya esposa llevaba horas desaparecida. Las mentiras en las que le cazaron cuando le acompañaron a la casa (la que el matrimonio tenía en Madrid para dormir las noches en que decidían no irse a su morada habitual en la localidad de Baires) sirvieron para acrecentar esa sensación de culpabilidad.

De vuelta a la comisaría, Germán le sorprendió manipulando el móvil y en un arrebato se lo arrancó de las manos para, siguiendo una corazonada, ver qué estaba haciendo y de paso investigar su contenido. Encontró fotos de Guadalupe golpeada y sus suposiciones se precipitaron. La chulería, la superioridad y la sensación de impunidad con la que Valentín respondió a sus preguntas sobre los hematomas de su esposa hicieron que perdiese los nervios. Se dejó llevar por la rabia y, en un impulso del que se arrepentiría toda la vida, le detuvo. Lo que prometía ser una investigación apasionante, pronto se esfumó de sus manos e, impotente, vio cómo otros compañeros se hacían cargo de las pesquisas.

El comisario Joaquín Pazo Quintáns, jefe de la UDEV Central, olió medallas por la trascendencia mediática de la in-

investigación y se la arrebató, arrogándose para él y su grupo todos los privilegios y méritos de la indagación policial. Valentín fue el primer y único sospechoso desde el principio. Germán, que siguió con atención los avances de las pesquisas y el posterior juicio, acabó convencido de que sus compañeros de Judicial se habían limitado a heredar a su sospechoso y remarcar con trazos más firmes la culpabilidad que él había esbozado en el inicio de la investigación, aun a riesgo de hacer encajar por las bravas, e incluso remodelar forzadamente, las piezas del puzle para conseguir que las evidencias cuadrasen y sostuvieran esa culpabilidad. Nadie podía permitirse un nuevo caso Marta del Castillo.

El juicio de Valentín Monaster, en el que terminó condenado por asesinato y aborto, fue un paripé con un jurado totalmente intoxicado por los medios de comunicación. De refilón, y para encubrir el tufo de las malas prácticas policiales que se fueron aireando a lo largo de la vista, sus superiores decidieron sacrificar a alguien. Los medios lo exigían. Germán fue el elegido. Lo expusieron desnudo de argumentos y sin apoyos para absorber todo el escarnio público. Desviaron sobre él toda la atención y, mientras se convertía en la diana de las críticas, ellos cubrieron un sinfín de irregularidades desveladas en el juicio pero que a nadie parecieron importar, quizá por lo complicado del argot legal. Pan y circo. Y aunque Alejandra Rey había denunciado en el Tribunal Supremo las barrabasadas cometidas, los jueces dieron carpetazo. Fue ahí donde aprendió que, si interesaba, la ley y la verdad podían estirarse hasta el límite conveniente, en directo contacto con la mentira.

Germán salió relativamente bien parado. Sobre todo teniendo en cuenta que se jugó varios años de cárcel. Le esquinaron en un trabajo burocrático que le terminó de despojar el escaso entusiasmo policial que por entonces le quedaba. Encima, sus jefes le recordaban una y otra vez que tenía que

estar agradecido porque podía haber sido mucho peor. Claro que, comparar las consecuencias de aquel momentáneo exceso de celo profesional con las irregularidades e ilegalidades cometidas (entre otras, robo de dinero, manipulación de pruebas, pérdida de evidencias...) por sus compañeros de Judicial, a los que habían premiado, a él le parecía un dislate. Una injusticia tan brutal que le había empujado al borde de la desesperación y que transformó su ilusión en un desprecio intenso al estamento policial.

Estas amargas reflexiones le condujeron hasta la puerta de la cárcel sin que en su mente quedase un solo recuerdo del camino recorrido. Ser amigo del director le permitió acceder al interior de la prisión sin demasiados problemas. Le conocía desde hacía años y mantenían una buena camaradería. Los dos se hacían favores mutuos, sin preguntas.

Cuando las primeras rejas comenzaron a abrirse, se dio cuenta de que no había dedicado un segundo a pensar para qué lo había llamado Valentín, lo que le impedía diseñar más estrategia que la prudencia ante la inminente reunión. Estaba totalmente desorientado. Solo tenía algo claro y era su odio hacia aquel individuo, el culpable de su ruina. Para lograr vivir consigo mismo había soslayado sus errores, sin reconocerlos, y culpaba a Valentín Monaster de la desastrosa deriva que había tomado su vida. Un recurso muy humano. Dentro de sí sabía que se trataba de una treta mental que le permitía sobrevivir a su propia compañía, porque el principal culpable de su destino era él mismo.

Valentín aborrecía a Germán. Con él comenzaron sus problemas. Aquel policía le clavó la rodilla en la entrepierna para obligarle a confesar. A veces, cuando soñaba con ese momento, se despertaba envuelto en sudor y con el recuerdo del dolor palpitándole en los genitales. Fue él quien ordenó

su detención en plena calle. Mientras lo tumbaban en el suelo y le colocaban los grilletes, alguien había grabado con un móvil la escena. No podía demostrarlo, pero sospechaba que lo había hecho el propio Germán y que, después, lo había filtrado a la prensa. Tenía cincelado aquel momento en su memoria. En ese instante comenzó su desenfrenado viaje hacia la condena. Germán era el culpable de que lo hubiesen metido en la cárcel y ahora, irónicamente, él se convertiría en la llave que le libraría de ella. El policía conseguiría su libertad. Lo usaría para ello y, en cuanto estuviese en la calle, se vengaría de él. Le destrozaría y disfrutaría viéndole llorar. Había fantaseado mil veces imaginándole de rodillas ante él, humillándose e implorando su perdón. Sonrió feliz. Ese momento llegaría, pero ahora necesitaba su ayuda. Tocaba disimular su odio.

El locutorio era un lugar despersonalizado. Estaba formado por varias cabinas contiguas de pequeño tamaño colocadas en una interminable hilera. Germán se introdujo en la que le señalaron. A través de los cristales de los lados pudo ver a otros visitantes que ya hablaban con algún preso. Le pareció de mala educación cotillear en conversaciones ajenas, así que fijó la vista al frente esperando a su invitado.

Germán y Valentín se midieron con la mirada durante unos interminables segundos. El policía pudo observar cómo le habían afectado los meses de reclusión. Ya no era aquel señorito bien vestido que había conocido en las horas que habían compartido durante la investigación. Ni el que, todavía altanero, compareció ante el tribunal. Ahora se había amoldado al estilo de vida carcelario. Sus ropas elegantes habían trocado por un chándal y zapatillas deportivas, y su actitud denotaba derrotismo y frustración. Valentín pegó contra el cristal un folio escrito a máquina sujetándolo con la palma de la mano e hizo un gesto con los ojos para animar a Germán a leerlo.

Ególatra: dicese de la persona que se estima a sí misma de manera excesiva. Persona que profesa la egolatría, adoración y amor a uno mismo.

Esta definición te va como anillo al dedo.

Supongo que te olvidaste de buscarla en el diccionario con todos los avatares que has sufrido en la vida.

Yo no, por eso te la mando.

Recuerda bien su significado, por si alguna vez nos volvemos a ver.

Germán se retiró del cristal sin comprender qué interés podía tener aquel documento. Valentín leyó desconcierto en sus ojos. Cogió el teléfono de su lado del cristal e indicó al policía que hiciera lo mismo.

—¿Lo ha leído bien? —preguntó, obviando el saludo de cortesía.

—Sí, pero no entiendo nada. Ni comprendo qué hago aquí, pero le advierto que con esta visita quedamos en paz. Cuando termine no quiero volver a saber nada de usted. ¿Le queda claro?

—La última vez que vi a mi mujer fue cuando se estaba bajando del coche. Me llamó ególatra y me dijo que debía aprender el significado de esa palabra —le espetó al policía con la voz alterada—. Hace tres meses me llegó esta carta anónima a prisión, aunque los hijos de puta de los funcionarios no me la dieron hasta ayer.

—¿Y? —dijo el policía, encogiéndose de hombros—. ¿A mí qué me cuenta?

—Que está viva. ¡Guadalupe está viva! ¿Lo entiende? —Su voz se había convertido en un grito furioso.

—¡Menuda estupidez! —rechazó en voz alta—. Ya me sé la cantinela, todos los que estáis en la cárcel sois inocentes.

—El resto no lo sé, pero yo sí —dijo Valentín muy serio.

—Había un hueso de bebé alrededor de la máquina trituradora que quemaste. Tú la mataste, las pruebas te condenaron —acusó Germán, aunque al oírse le pareció que sus palabras sonaban algo huecas.

—No, yo no la maté. Mi mujer estaba embarazada de seis meses y medio y el hueso que se encontró correspondía a un bebé dos meses mayor. Ese hueso no era de mi hija.

—¡Qué casualidad! —siguió resistiéndose Germán—. ¿También es casual que desapareciese su mujer, que en su finca apareciese una máquina trituradora de madera quemada, que hubiese fotos en su móvil de su mujer golpeada? ¿Son todas casualidades?

—Escuche bien —pidió, sin poder disimular la irritación de su voz—. Mi mujer lo planificó todo al detalle. Me tendió una emboscada para que yo acabara en la cárcel.

—Tú la mataste, pero te pillamos.

—Aquella noche la hubiera asesinado. Incluso me regodeé con la idea en varias ocasiones. Pero...

—Mírate, si estás confesando que deseabas matarla...

—El deseo no es delito. En mi cabeza puedo apuñalar, disparar o destrozarse a martillazos el cráneo de quien quiera. A Guadalupe deseé asesinarla en mi cabeza —remarcó—, pero no lo hice. En la vida real no la maté.

—Para mí es lo mismo —respondió inamovible Germán.

—No, no es igual. Seguro que alguna vez en tu mente has deseado llevarte algo gratis de una tienda y eso no es robo o conducir un coche mejor que el tuyo y eso no es hurto y uso de vehículo. Te estás obcecando —le reprochó—. ¡Piensa! Si analizas todo lo que sabes del caso, te darás cuenta de que tengo razón —insistió Valentín. Intentaba ser tan persuasivo en sus argumentos que, instintivamente, había comenzado a tutear al policía, como estableciendo una conexión más cercana con él—. Desmonta las piezas del puzle, revuélvelas y componlo con la verdad que te estoy descubriendo, ¿a que cuadran mejor?

—¡Menuda gilipollez! —exclamó antes de colgar el teléfono con violencia.

Germán se levantó de la silla asqueado de escuchar los desvaríos de Valentín. Caminó hacia la salida, convencido de que jamás en la vida volvería a verlo, pero a mitad de camino se paró. Algo le rondaba en el cerebro.

Valentín le observó con atención. El policía parecía cavi-lar. Había colocado ambas manos en la cintura, tipo botijo, y miraba hacia el suelo. Durante unos interminables segundos se quedó quieto. Supuso que estaba digiriendo la revelación que acababa de recibir.

¿Era posible que Guadalupe estuviese viva? Una descarga eléctrica sacudió el cerebro del policía. Notó cómo algunos resortes se movían y, por un segundo, sintió que ajustaban con más suavidad.

De repente se dio la vuelta y regresó al locutorio.

—Vale —admitió—. Supongamos que tienes razón, que tu mujer está viva y que no la mataste. Te recuerdo que estás condenado por asesinato, así lo decidió un jurado tras estudiar las pruebas y escuchar a los testigos. Se te han acabado los recursos. La sentencia es firme. No hay nada que hacer.

—¡Encuéntrala! —exclamó—. Si la encuentras, me tendrán que dejar salir. No habrá mayor prueba de mi inocencia.

Germán estalló en una carcajada histriónica incapaz de contenerse a pesar del lugar donde estaba. Los ocupantes de los locutorios contiguos se giraron, curiosos, a ver qué pasaba. La escena era kafkiana. Del lado libre del cristal, el visitante doblado por la mitad, desternillado de la risa, mientras que en la parte de los prisioneros, el condenado comprimía la mandíbula con rabia.

—Pero, chico, tú estás loco. En primer lugar, no hay ninguna prueba de que esté viva. En segundo lugar, por tu culpa, yo ya no soy policía judicial, me dedico a labores admi-

nistrativas. En tercer lugar, ¿por qué debería hacerlo? ¿Por qué habría de ayudarte?

—Uno, llévate esta carta y el sobre en el que llegó y busca huellas. A lo mejor hay suerte y te convences. Dos, yo no te obligué a pegarme en la entrepierna ni a quitarme el móvil. Te buscaste tú solito tu destino. Tres, tienes una deuda conmigo. Podía haberte acusado y lo sabes. Al no hacerlo te libré de varios años de cárcel y no sabes lo que es estar aquí dentro. No te lo puedes ni imaginar. Una semana en esta jaula supera cualquier infierno conocido. La gente habla con mucha ligereza de cómo es la vida en la cárcel porque jamás han pasado unas horas entre barrotes. Aquí te vuelves loco —dijo como ido. Unos segundos después se recuperó y siguió con su discurso—: Necesito salir. Tú estás libre y yo aquí dentro, con la diferencia de que tú sí cometiste los delitos y eres culpable y yo soy inocente. Me lo debes. Comprometiste tu palabra. A veces, demasiadas, la verdad jurídica no coincide con la realidad. Ayúdame a armonizar estos dos conceptos.

Germán no tenía ganas de seguir hablando con aquel individuo. Le daba asco.

—Dale la carta al funcionario, que ahora me ocupo de que me la entreguen —zanjó a regañadientes.

Valentín quiso preguntarle si buscaría a su mujer, pero el policía ya había colgado el teléfono y le había dado la espalda. Con mucho cuidado introdujo la carta de su mujer en un sobre de papel más grande. Cuando terminó, se quitó el guante de plástico con el que había sujetado el papel contra el cristal. Lo había visto en cientos de películas. Así evitaba dejar sus huellas y no entorpecería la investigación.

Germán recorrió el camino de regreso de la misma forma que llegó a la cárcel, sin darse cuenta siquiera de que conducía, y ahora verdaderamente furioso. Odiaba a Valentín y se

arrepentía de haberle ido a visitar. Despreciaba esa piel blanquecina llena de pecas, ese aire de superioridad que siempre le envolvía, ese tono presuntuoso. Y él era un estúpido, un profundo descerebrado que se había dejado engatusar por la verborrea de aquel despojo humano. ¡Qué narices iba a ser inocente! Él mató a su esposa con una sobredosis de insulina, llevó su cadáver hasta un descampado de su propiedad en el maletero de su todoterreno, la metió dentro de una enorme máquina trituradora de madera, destrozó su cuerpo y le prendió fuego para eliminar las pruebas. ¡Pero si se encontró un hueso del bebé que esperaba Guadalupe! ¡Qué importaba si era de seis o de ocho meses! Afinaría mal el forense. ¡Qué cojones de importancia tenía en cualquier caso! No pensaba ayudarle, ni mover un dedo por él, ¿pero qué se había creído? Si quería denunciarlo, que lo hiciese. Ya se defendería, pero prefería mil veces sentarse en el banquillo de los acusados que colaborar con aquel psicópata. Y en el hipotético caso de que fuese inocente y no hubiese matado a Guadalupe, le daba igual. Le acababa de confesar que tenía intención de hacerlo antes de ser detenido. La habría asesinado más tarde o más temprano. Individuos como Valentín merecían pudrirse en prisión. La sociedad se beneficiaba prescindiendo de ellos.

Volvió al trabajo por inercia, aunque poco era lo que tenía que hacer esa tarde. En la soledad de su despacho, sus peores sentimientos deambularon libremente. Empezaron con Valentín y fueron desplazándose hacia todos los que consideraba responsables de su desgracia. Se dio cuenta de que había encallado en el rencor a los estamentos policiales y a los malditos compañeros del Grupo I de Homicidios de la Comisaría General de Policía Judicial. Durante el juicio a Valentín todos habían mentido, ¡todos! Falsearon pruebas, malinterpretaron evidencias para que cuadrasen en su relato y uno de ellos hasta robó diez mil euros de la caja fuerte de Valentín durante el registro. No les pasó nada. Ninguno me-

recía seguir en la policía. La basura debía ser arrojada al vertedero. Pero, como suele ser habitual, ocurrió lo contrario, ganaron ellos.

La condena de Valentín se había vendido en los medios de comunicación como un gran éxito policial y de la instrucción. A unos les colgaron medallas de la pechera, mientras que el juez aprovechó el tirón mediático para publicar una novela que pasó sin pena ni gloria.

Aquella noche, cuando llegó a su casa, destilaba resentimiento por cada poro de su piel. La sombra de Valentín se había cosido a su cuerpo y le acompañaba a todos lados. Lo pagó con su mujer. Fue desagradable y maleducado, perdió los nervios y acabó chillándole. Ella hizo la maleta y se fue dando un portazo. Sobraban las explicaciones. A lo largo de este tiempo ella había intentado ayudarle, animarle, pero desde que lo destituyeron solo había encontrado negatividad y malas contestaciones. Se volcó en potenciar cariño y amor, pero a Germán todo le parecía mal. Al concluir el primer año le dio un ultimátum: o cambiaba y disfrutaba de la vida o ella se iba y le dejaba solo. No pensaba vivir amargada ni un minuto más, había agotado su paciencia. Él, a pesar de su obcecación, al recibir la amenaza tuvo miedo y trató, al menos, de que las cosas recuperasen su esencia dentro del hogar. Se esforzó, incluso la sorprendió con flores algún día. El brío le duró menos de una semana. La tirita del miedo a la soledad solo logró taponar el boquete que había en su alma durante ese tiempo.

Pese al cariño que sentía por su mujer, su ánimo no le permitió mantener las mínimas apariencias y la visita a Valentín en la prisión había ensanchado, si cabe, la grieta entre ambos. Escuchó el portazo, pero no le importó, tan ocupado estaba en refocilarse en su odio.

La rabia no le había abandonado cuando llegó a comisaría la mañana siguiente. Durante la noche anterior, en la que no pegó ojo, había tomado una decisión. Aunque un tanto peregrina, la idea de que Guadalupe estuviese viva no era descartable. Si lo demostraba, si evidenciaba que los policías que le robaron el caso se habían equivocado, los engranajes de la burocracia policial se pondrían otra vez en marcha y el peso de las balanzas cambiaría: él ascendería y ellos descenderían al infierno en el que él había ardido en los últimos meses. Podría recuperar su puesto y, lo más importante, su prestigio. Si a cambio Valentín obtenía la libertad, no era problema suyo.

La idea de que el condenado se beneficiara no terminaba de hacerle feliz. Estaba ilusionado, pero no en un sentido pleno. Quizá porque el plan nacía de la rabia.

Se apoyó en el alféizar de la ventana con un purito en las manos y contempló la cotidianidad de la calle. Exhalando lentamente el humo, liberó su mente de estrategias y venganzas programadas y, como cuando empujas un barco de papel sobre el agua, la dejó vagar sola, sin capitanearla.

Mientras contemplaba a la gente pasear con tranquilidad, Germán se vio a sí mismo cuando era joven caminando raudo y feliz en dirección a su casa. Le acaban de decir que había aprobado la oposición para policía. Su madre le dio un abrazo y miles de besos. Su padre, menos expresivo, le preguntó por qué quería ser un agente del orden. «Para servir y proteger a la gente», le respondió sin pensar, lleno de orgullo. Él, su espejo, su ejemplo a seguir, le estrechó la mano y le deseó suerte. Fue como una revelación. Ese recuerdo hizo renacer en su interior un sentimiento que el odio y el rencor habían maniatado, pero, que no podía ocultar. Él era policía y había jurado cumplir y hacer cumplir la ley. Malnacidos había muchos, pero, por muy infame que fuera Valentín, si su mujer caminaba viva por este mundo,

no era justo que estuviese pagando por un crimen que no había cometido.

Germán sonrió feliz, como no lo había hecho en mucho tiempo. Había encontrado la motivación correcta. Notó cómo el fardo de la culpa que colgaba de su espalda se hacía más liviano y suspiró aliviado. Estaba dispuesto a escarbar el suelo a dentelladas para determinar si la verdad estaba equivocada, cayese quien cayese.